



SABER ES PODER. LA INCONCEBIBLE INOCENCIA DEL SABER

Autor: Dr. Gilberto Cely Galindo*
gcely@javeriana.edu.co
Pontificia Universidad Javeriana
Colombia

*Sacerdote jesuita. Decano del Medio Universitario de la Facultad de Odontología de la Pontificia Universidad Javeriana. Docente e investigador de Bioética. Con maestría en Teología Moral y en Planeación Urbana y Regional (Universidad Javeriana en Filosofía y Letras). Especialista en Urbanismo (Universidad de Londres). Creador, en 1977, del Instituto de Bioética de la Pontificia Universidad Javeriana. Ha escrito 14 libros, individual y colectivamente, sobre diferentes temas de Bioética, además de artículos publicados en revistas.

RESUMEN

El desarrollo cada vez más complejo de la cognición en el ser humano, lo ha dotado de mejores condiciones de poder competitivo y cooperativo para apropiarse del mundo y de sí mismo. Esta doble apropiación se manifiesta en acceso a una mayor calidad de vida y simultáneamente al desarrollo de su conciencia moral. La educación tiene como fin el logro de estas dos competencias.

Palabras clave: Tecnociencia. Poder. Consciencia. Conciencia.

KNOWLEDGE IS POWER. THE INCONCEIVABLE INNOCENCE OF KNOWLEDGE.

ABSTRACT

The development increasingly complex of the human being's cognition, it has provided him with better conditions of competitive and cooperative power to appropriate the world and to himself. This double appropriation shows itself an access to a major quality of life and simultaneously to the development of his moral conscience. The education has as an objective the achievement of these two competitions.

Key words: Techno-sciences. Power. Consciousness. Conscience.



Desde los albores del homo sapiens, la emergencia de la cognición conceptual, necesariamente acompañada de mediaciones instrumentales, ha sido la ventaja competitiva y cooperativa que la selección natural le otorgó a la especie humana para dotarse de mejores recursos de sobrevivencia, a la vez que de crecimiento moral. Con dicha emergencia de la cognición, es decir, de la capacidad de razonar, que no es otra cosa que generar poiéticamente condiciones complejas de identidad del individuo humano por diferenciación del entorno natural y social, adviene también la emergencia del pensamiento complejo manifestado como voluntad libre, como poder que da lugar a mejores condiciones de vida. En este sentido, el poder es simultáneamente conocimiento abstracto y acción instrumental, binomio indisoluble que ha hecho viable la permanencia del ser humano en el planeta Tierra, abriéndose paso espiritual con lo que ha sido llamado proceso de humanización.

Si las cosas han sido así y se supone que seguirán la misma dinámica con mayor celeridad, no nos cabe duda sobre el poder político y económico del saber, del cual nos advirtió suficientemente Francis Bacon desde 1620 y luego Descartes, en 1637. “El saber es la medida del poder”, decía Bacon. Dicha advertencia se concretó progresivamente en el siglo XVIII con la industrialización y se ha desarrollado a sus anchas con el advenimiento de las grandes tecnologías asociadas a los conocimientos de la física atómica, la biología molecular con su aliada la ingeniería genética, la informática y las telecomunicaciones.

Cuando iniciamos el siglo XXI, y por herencia del XX, el conocimiento científico se alió inextricablemente con el tecnológico para conformar una sola realidad que ha recibido el nombre de “tecnociencia”, jalonada por la economía. Como dice Hotois: (2000) “Hoy, los polos teórico y técnico de la actividad científica están indisolublemente trenzados. (...) Esta unión vale incluso para la investigación básica, ya se trate de la biología, la física (desde la astrofísica a la microfísica) o la neurología”. Presenciamos, entonces, el surgimiento de una nueva cultura que ha recibido el nombre de Sociedad del Conocimiento. Esta novedosa realidad goza de su propia epistemología transformadora del mundo y del hombre, que tiene como fundamento el tremendo poder de la mediación instrumental del conocimiento.

“El hombre actual no hace sino afianzar este ‘ser práxico’, precisamente porque su existencia está marcada y determinada por el hecho tecnológico... El hombre se ha convertido en un ‘ser-en-la-técnica’, en la medida en que ésta ha llegado a ser un factor esencial en su modo de ser-en-el-mundo. La amplitud de este fenómeno ‘tecnológico’ afecta a todos los ámbitos de la vida, de tal modo que se puede decir que la racionalidad contemporánea se constituye como una racionalidad tecnológica”.

Asistimos el poder progresivo del “saber-hacer” o de las “competencias”, que se define como saber útil, práctico, operativo, eficiente, eficaz y de resultados; porque es cuantificable, mensurable, predictivo, repetitivo, verificable, comunicable y económicamente rentable.

Detrás de todo esto yace la pretensión de que la tecnociencia es la panacea y que con ella, además de resolver todas nuestras necesidades materiales, accederemos al mundo feliz demandado por nuestra condición espiritual, tan deseado por la psique humana de todos los tiempos. En consecuencia, la mediación instrumental, lo “mediático”, atraviesa la totalidad de la realidad humana que es material y espiritual, convirtiéndola en realidad simbólica.

El mundo se hace símbolo en el hombre, a la vez que el hombre se auto reconoce como símbolo, dotando al mundo y auto dotándose de significados trascendentes que justifican la existencia de ambos como dos momentos de lo mismo. Vale decir, el hombre y el mundo son una sola realidad, son facturados de lo mismo. El hombre es emergencia del mundo, para devenir espiritualmente en la conciencia que el mundo tiene de sí mismo. Y en este caso, la acción simbólica cobra su máxima expresión como mediación para la dotación de sentido.

La tecnociencia, entonces, acelera la dinámica de simbolización mediadora y se abandera del desarrollo de la humanidad y de nuestro planeta de diversas maneras: intimando con la expresión de la materia-energía contenida en el átomo, estirando sus brazos hacia las lejanías inconmensurables del cosmos con viajes espaciales, lanzándose al microcosmos biológico con actitud manipuladora por ingeniería genética de todo tipo de organismos vivientes –¡incluyendo al hombre mismo!-, y hacia la conquista de la privacidad de la conciencia individual y colectiva con todo tipo de mensajes telecomunicados, cargados de valores morales.

Con gran astucia, la economía se ha aliado con la tecnociencia para fortalecer el poder político de ambas, alegando total autonomía en su proceder a favor de un modelo de desarrollo que libere al ser humano de toda contingencia y esclavitud que provenga de la naturaleza. Este alegato de autonomía reclama el ejercicio de la libertad, de indagar sin límites por todo cuanto existe y de proponerse sus propios proyectos de transformación de la realidad, sin miramientos éticos extraños al discurso mismo de la razón comprometida con la emergencia del conocimiento científico, para evitar que la conciencia moral establezca fronteras a la autonomía de la consciencia tecnocientífica.

De la consciencia a la conciencia. La mediación educativa.

Como consecuencia de la autoafirmación de la razón ilustrada, la bandera de la tecnociencia que ha sido enarbolada en el asta de la economía, juega también a la libertad máxima del mercado y evita hacerse preguntas últimas de sentido moral para no incurrir en sentimientos de culpa ante los eventuales errores de su acción. A la postre, es la dinámica económica la que azuza a la tecnociencia para que los tecnocientíficos aleguen autonomía sin límites para su quehacer investigativo.

La exigencia de libertad absoluta para investigar está a favor de la tesis de que avanzar en el conocimiento es prerequisite para acceder a la conciencia moral, lo cual implica que no hay conciencia sin consciencia, y que el tipo de conocimiento experimental es el que allega mayor información válida para la formulación de juicios morales. De allí se deduce el equívoco de



que todo lo que sea tecnocientíficamente posible es de por sí ético, asumiéndose por ético toda conquista operativa de la razón en el ejercicio de la libertad de investigación, si se hubiese aceptado la premisa de que es antiético limitar el desarrollo del conocimiento.

Acompañando al equívoco anterior viene otro: afirmar que la tecnociencia no es buena ni mala, que es valorativamente neutra, que lo bueno o lo malo es lo que el ser humano haga con ella. Este segundo error disocia la conciencia moral intencional de la consciencia cognitiva en el sujeto que desarrolla conocimiento tecnocientífico, interponiendo esta esquizofrenia a favor de un fariseísmo que libera de responsabilidad social tanto a los agentes de la tecnociencia como a sus productos.

Es así como la tecnociencia se resiste a permitir que instancias ajenas a sus conocimientos hagan juicios de valor sobre ella, puesto que invaden su autonomía y le fijan linderos para que no se desmadre. Caben entonces las preguntas de si la tecnociencia puede ser juez y parte de su que-hacer, de si ella puede darse su propio estatuto ético por fuera o a espaldas del referente sociocultural que oferta la jerarquía de valores morales, y si ella no tiene que responder ante nadie por las consecuencias de su acción.

El divorcio ocasionado por la Ilustración, madre de la Modernidad, entre las ciencias positivo-analítico-experimentales y las ciencias histórico-hermenéuticas o sociales y humanas, ha sido un fatal momento de la historia que ha conducido a una sociedad cada vez más tecnocientífica y sin conciencia moral de sus

actos. A su vez, este mismo divorcio del que hablamos, ha hecho que las ciencias histórico-hermenéuticas, que reciben ordinariamente el nombre de humanidades, mantengan un discurso enjuiciador de las tecnociencias, quizás para ocultar su insolvencia pragmática frente a la capacidad operativa de las tecnociencias, pues estas últimas sí demuestran su poder a través de la “satisfacción” de las necesidades prácticas de supervivencia del género humano, como también de su fuerza para penetrar los sistemas de valores morales y generar cambios culturales acelerados en la sociedad. Las ciencias humanísticas reciben hoy en día el apelativo de “histórico-hermenéuticas”, en reclamo a su función social de aportar búsqueda de sentido al quehacer humano, teniendo en cuenta las condiciones espacio-temporales en que se encuentre el individuo y su colectividad, sin soslayar la trascendencia futura de su acción. En otras palabras, del discernimiento histórico surgen las líneas de fuerza que dan orientación y sentido al ser humano para su realización existencial. Sin lugar a dudas, la educación cumple con este propósito histórico-hermenéutico.

Las tecnociencias son el recurso más eficaz que el ser humano ha logrado inventar para darse un status de señor y amo de la naturaleza y de sí mismo, recurso básico de supervivencia y simultáneamente instancia de moralidad. El hombre crece como sujeto moral en la medida en que se enfrenta con su entorno natural y social para adaptarse y adaptarlo a sus necesidades que le permitan sobrevivir exitosamente.

La actividad educativa juega un papel fundamental en la supervivencia humana, apropiando aprendizajes acumulados históricamente y aventurando innovaciones. En estos procesos cognitivo-adaptativos subyace la dinámica de aprendizaje por ensayo y error, que va troquelando la conciencia moral individual y la perspectiva histórica de la colectividad humana. Una y otra refuerzan la construcción del sujeto moral como persona y ésta demanda a la comunidad las exigencias de condiciones favorables para una vida digna. De esta manera surgen evolutivamente los patrones estructurantes de la persona que ordinariamente llamamos valores morales y que están a la base de las cosmovisiones culturales.

La Modernidad echó a sus espaldas no solamente el divorcio que hemos mencionado de las ciencias y la ética, sino que también hizo que éstas produjeran lenguajes incomprensibles entre ellas, a la vez que les asignó tareas específicas, con metodologías e intereses de difícil reconciliación. Un ejemplo de ello es la ética y la moral, que quedaron vinculadas al que-hacer de la filosofía y la teología y desvinculadas de las andaduras de las tecnociencias.

Desafortunadamente, tanto la filosofía como la teología han marchado por caminos diferentes de las tecnociencias, a las cuales miran con recelo y desconfianza. En consecuencia, los discursos de la ética filosófica (con las éticas aplicadas) y los discursos de la teología moral se han hecho insolventes para hablar competentemente del devenir tecnocientífico y establecer diálogos respetuosos y sentidodantes que impriman corresponsabilidades en el actuar humano

contemporáneo. La crisis de sentido existencial es una clara muestra de las disfunciones e inconsistencias del mundo de los valores que pulula en la era tecnocientífica y que se expresa como incertidumbre cultural.

A comienzos de los años setenta, surge la palabra Bioética que se ha venido posicionando como el nuevo nombre de la ética, a expensas de la penosa desarticulación de las estructuras morales que fueron válidas durante mucho tiempo, pero que ya no logran responder a las necesidades de la Sociedad del Conocimiento. Se postula una ética de la vida, Bioética, que hable en términos de un humanismo científico, sin pretensiones dogmáticas en una sociedad democrática, pluralista, multicultural, tolerante, ilustrada, globalizada y secular.

No es de buen recibo para los expertos en tecnociencia que los filósofos y los teólogos, y en general los humanistas, se abroguen como deber decirle a la tecnociencia cómo proceder, y que esta función parta de severas críticas que avergüenzan y descalifican el soporte moral de los científicos y tecnólogos, a quienes debemos reconocerles el liderazgo en los cambios del mundo contemporáneo.

Sí es de buen recibo entrar a compartir fraternalmente las dispendiosas y muy importantes tareas de la tecnociencia, calzando los mismos zapatos de quienes hacen camino al andar y asumiendo con ellos la construcción ética de la Sociedad del Conocimiento. No es desde fuera del conocimiento tecnocientífico que se puede legitimar el discurso ético en la contemporaneidad,



sino desde las mismas dinámicas del que-hacer investigativo de la ciencia y la tecnología, lo cual implica una inducción humanística de los científicos y un aprendizaje científico por parte de los humanistas. En otras palabras, una actitud interdisciplinaria que conduzca a crear una cultura dialógica inaugural de un humanismo científico, al mejor estilo de las intuiciones de grandes pensadores como Berthand Roussel, Teilhard de Chardin, Jaspers y otros más.

Un error histórico

Ha sido un error histórico (y un instrumento más del divorcio de las ciencias, del cual venimos hablando) la tradicional distinción epistemológica que otorga con exclusividad a las ciencias positivas fines experimentales de utilidad práctica y a las ciencias humanísticas la construcción axiológica de lo humano para la convivencia social. Unas y otras están embarazadas de poder y no pueden alegar inocencia moral de sus acciones, como tampoco mutuas descalificaciones.

La historia reciente ha demostrado que las ciencias positivas no solamente han hecho de su saber experimental una praxis social y de su pretendida neutralidad ética todo un constructo de valores que intervienen la jerarquía moral de las sociedades donde penetra la tecnociencia, sino que también pone en evidencia que las ciencias sociales, al afanarse por asumir métodos muy propios de las ciencias positivas de interacción empírica, por ejemplo la estadística, la matematización, la generación de modelos sistémicos paradigmáticos para el análisis de lo social, etc., acceden a espacios aparentemente reservados para las tecnociencias.

Al asumir dichas metodologías, las ciencias sociales entran a compartir responsabilidades con las ciencias positivas en ofrecer soluciones proactivas a los problemas adaptativos de supervivencia de la especie. Tenemos evidencias de estos traslapes de las ciencias en los medios masivos de comunicación donde el mensaje es el medio y el medio es también mensaje, en la ingeniería industrial que se ocupa de aportarle una racionalidad humana a la producción industrial, en la informática al establecer las relaciones entre software y hardware, en las tecnologías educativas, en los procesos económicos y administrativos de las empresas que deben armonizarse con la especificidad de sus productos y, en general, la toma de decisiones que exigen discernimientos interdisciplinarios.

¿Existe conocimiento inútil?

No puede hoy en día negarse la praxis social del conocimiento, cualquiera que sea, lo cual significa que todo conocimiento es necesariamente un conocimiento útil. No hay nada más útil para la vida práctica que una buena teoría, por ejemplo.

El concepto de utilidad no es reductible al estadio final del conocimiento convertido en la palabra muy manida de tecnología, sino que es desde las mismas entrañas del proceso de conocer, que llamamos investigación, de donde surge la utilidad del saber. Si aceptamos este aserto, podemos decir que el saber es un saber-hacer. Vista esta afirmación desde la instancia antropológica, el saber-hacer es simultáneamente un saber-hacerse, en cuanto que el vagabundeo que el hombre hace con su inteligencia inquisitiva que llamamos investigación, lleva también un

vagabundear por los caminos zigzagueantes de la construcción de la conciencia moral.

El hombre se autoconstruye como agente moral en la misma medida en que va construyendo el conocimiento del mundo y de sí mismo y no existe modo diferente de éste para acceder a la autoconciencia donde se troquela el sujeto individual que llamamos persona y la comunidad de personas que llamamos sociedad.

Es así como recuperamos el postulado aristotélico de que el acto de conocer es un acto ético y que su contrario, la ignorancia, es un status antiético. En consecuencia, reclamamos para las ciencias positivo-analítico-experimentales su estatuto de constructoras de moralidad y la necesaria pedagogía para que su devenir se realice con lucidez moral en un gran horizonte de humanización, el cual no es otra cosa que diseñar el tipo de hombre, el tipo de sociedad y el tipo de hábitat que deseamos como buenos y establecer mecanismos para alcanzarlos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bonilla, A. (1995). "La neutralidad axiológica de la ciencia como problema", en Rovaletti, M.L., (Edt.), *Ética y psicoterapia*, Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Capra, F. (1996). *La trama de la vida. Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. Barcelona, España: Anagrama.
- Cely, G. (2004) *Ethos vital y dignidad humana*. Bogotá, Colombia: Javegraf.
- Cely, G., (2005). *Bioética. Humanismo científico emergente*. Bogotá. Colombia: Javegraf.
- Escudé, C. J. (1997) *Una ética para la tecnología*. En Cuadernos del Programa Regional de Bioética.
- Gehlen, A. (1993). *Antropología filosófica*. Barcelona, España: Paidós.
- Queraltó, M. R. (1998) *Racionalidad tecnológica y mundo futuro: la herencia de la razón moderna*. Seminarios de Filosofía
- Hotois, G. (1991). El paradigma bioético. *Una ética para la tecnociencia*. Barcelona, España: *Anthropos*.
- Hotois, G. (2000). *Philosophie et science-fiction*, Paris, Francia: Vrin.
- Rovaletti, M. L. (2005). *La odisea de la especie: el porvenir lejano de la humanidad*. Acta Bioethica, Políticas Públicas, Organización Panamericana de la Salud, Año XI, N° 1-2005, pp. 77-84